
Para Los Niños

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 8918

Título: Para Los Niños

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Cuento

Editor: Brian

Fecha de creación: 20 de junio de 2026

Fecha de modificación: 20 de junio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Para Los Niños

Queridos hermanitos:

¡Qué gran cosa poderles escribir por fin, después de lo pasado! Un poco más y ya no queda más Dum-Dum en el mundo, chiquitos. Ya les conté que un tigre de Bengala, en el Asia, me abrió una vez la espalda de un solo manotón, y que la sangre saltaba como de cinco manantiales. Las uñas de un tigre, hermanitos, son como cinco puñales atados en una pata de tremenda fuerza. ¡Figúrense ahora cómo habré quedado yo entonces!

Hace ahora cuarenta y ocho horas justas que maté en la orilla del río Salado a un enorme jaguar, o tigre, como los llamamos comúnmente. Estos tigres americanos son a veces tan grandes como los de la India, y allí mismo, en Buenos Aires, había en el zoológico un jaguar cebado (esto quiere decir que están acostumbrados a comer carne humana), que era casi del tamaño de un tigre del Asia...

(Aquí la letra no se puede leer y hay una mancha amarilla.)

Hermanitos: me desmayé mientras escribía. Estoy muy mal todavía y las heridas me hacen sufrir mucho. Continúo perdiendo sangre... ¿Notan esa gran mancha que hay arriba? Es una gota de sangre que cayó de las vendas de la cabeza...

¡Pero, ánimo, hermanitos! Dum-Dum tiene la vida muy dura, y pronto estaré como antes. Les voy a contar ahora lo que me pasó con el tigre.

Hace tres días estaba acampado en la orilla del río Salado, en el Territorio del Chaco, cuando llegó corriendo a gritos un tropel de indios desnudos a decirme que a una legua de allí, en la orilla del Salado, un tigre había matado a un gran ciervo, y que el ciervo estaba todavía a medio comer, lo que era indicio de que el tigre volvería a la noche. (En efecto, chiquitos, el tigre tiene por costumbre volver a la noche siguiente de haber matado a un gran animal para concluir de comerlo.)

Yo fui en seguida con los indios y vi en la playa al ciervo, uno de cuyos cuernos estaba todo hundido en el barro, y tenía el pescuezo torcido para arriba, y la lengua de fuera. En la orilla del río no había ni un árbol para trepar en él y cazar al tigre al acecho. Entonces se me ocurrió una excelente idea, y al caer la tarde me desnude completamente, me unté todo el cuerpo con grasa, y metí la cabeza dentro de una gran calabaza para tomar mate. (Hay algunas de esas calabazas mucho más grandes que las pelotas de fútbol.) Entonces me interné en el río hasta los hombros, y de mí no quedaba fuera del agua más que la calabaza.

No conocían ustedes este modo de cazar tigres, ¿no es cierto? Yo tampoco, y lo aprendí de los indios que así cazan patos. Pasan las horas enteras metidos en el agua, y los patos, que no desconfían de un mate que boya en el agua, se acercan. Los indios, entonces, los agarran despacito, de las patas, por debajo del agua, ¡y adiós pato!

Claro está, hermanitos, yo no iba a agarrar de las patas al tigre; pero tenía en la mano una cosa mejor, y esta cosa es la pistola Parabellum de repetición, que carga siete balas y alcanza a dos mil quinientos metros.

La noche cayó, entre tanto. Yo permanecía inmóvil, con bastante frío, pero devorando con los ojos la playa por ver si se acercaba el tigre. En la oscuridad apenas alcanzaba a ver al ciervo. Ni a derecha, ni a izquierda, ni atrás: en ninguna parte veía a mi enemigo.

¡De pronto lo vi! O lo distinguí, mejor dicho, porque estaba oscurísimo. Estaba comiendo al ciervo ya, y oía el crujido de los huesos.

Yo no veía sino un bulto negro inmóvil, que era el ciervo muerto, y otro bulto negro que forcejeaba encima roncando, y era el tigre.

No tenía tiempo que perder. Lentamente, muy lentamente, levanté del agua el brazo, y apuntando al tigre entre los dos ojos verdes, hice fuego.

Tras la detonación misma, como si los dos ruidos fueran simultáneos, sonó un tremendo aullido y el tigre rodó por el suelo. Yo salí del río chorreando, me quité el porongo de la cabeza, y me acerqué al tigre, que yacía tendido, estirando a sacudidas las patas de atrás y luego las de adelante como si tuviera cuerda.

Estaba, sin duda, mortalmente herido, pero no quería morir del todo. Me

agaché por consiguiente, para rematarlo de otro tiro, cuando... ¡ay, hermanitos!... De un solo zarpazo me lanzó al suelo. Caí de cabeza, y choqué la frente contra un colmillo del tigre. La otra zarpa cayó como un rayo en mi nuca. A pesar de sentir mis carnes desgarradas, tuve tiempo de buscar con la mano la boca del animal, y al encontrarla allí, dentro de la boca misma, chorreando sangre, hice fuego. Después... no sé lo que pasó.

Volví en mí al cabo de veinticuatro horas. Los indios me habían retirado de entre las patas del tigre, y bailaban todos, cantando para que me curara.

—¿Y el tigre? —les pregunté.

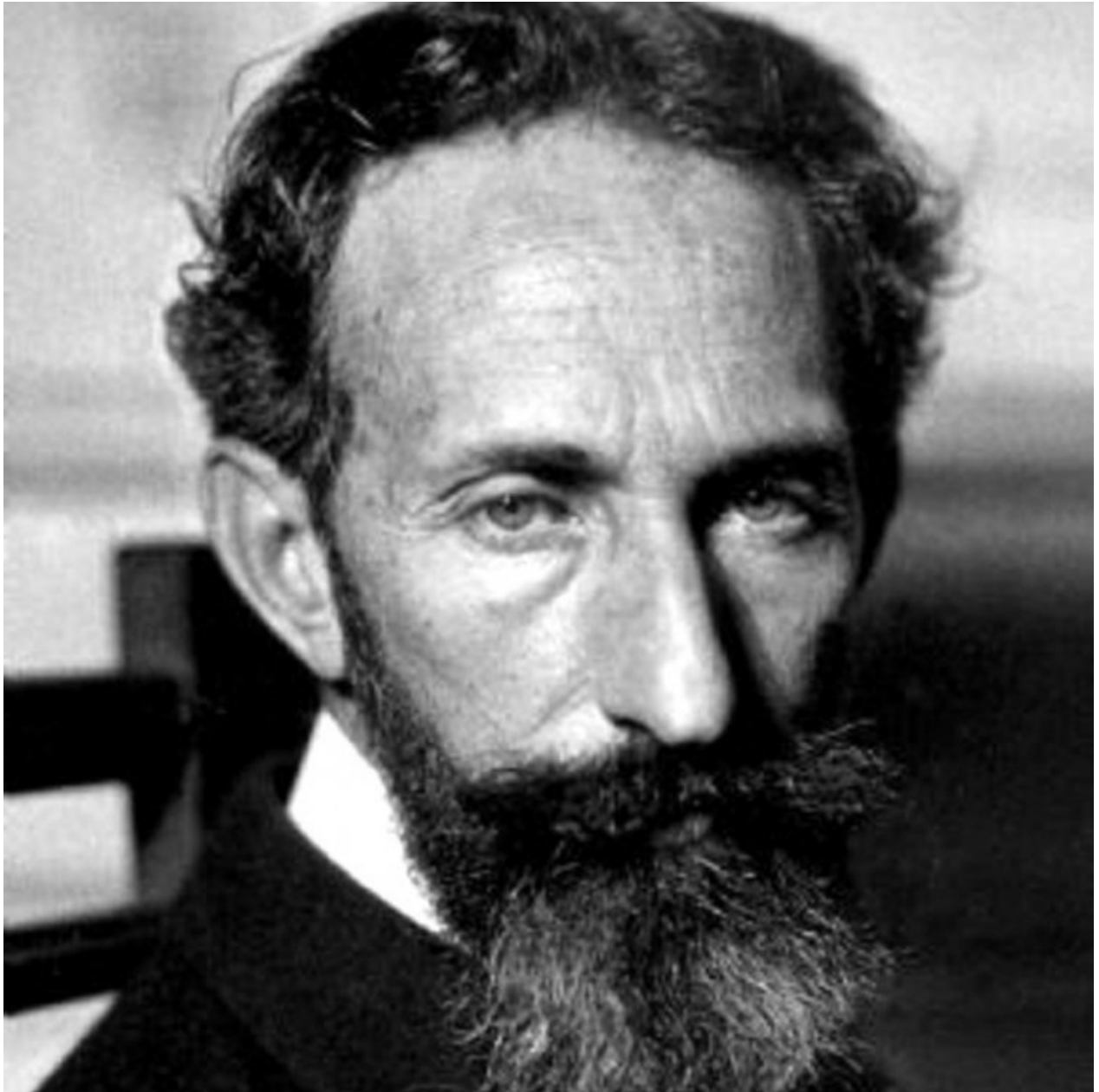
—¿Tigre? —me respondieron—. Muerto... muerto para siempre...

Cabeza deshecha... Bala palabubún (querían decir Parabellum) entró por la boca... ¡Linda palabubún!

Y aquí tienen, queridos hermanitos, mi aventura con el tigre. Un indio muy resfriado que parte esta noche para el sur, llevará esta carta. Y hasta otra, chiquitos, un abrazo de

Dum-Dum

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)